

Jesús sanador

Pedro Trigo, s.j.*



PAUL GUSTAVE DORÉ

Vamos tendencialmente al mercado-mundo, es decir, a que todo se venda y se compre, aun lo más sagrado. Los dueños de este mundo, como solo saben de sus ganancias, no contentos con desregular el contrato de trabajo para llevarse ellos casi todo el producto del trabajo, que es un hecho social y no una mercancía; no satisfechos con haber invertido sumas fabulosas para sustituir a los trabajadores y robotizar los procesos, para no tener que compartir la ganancia; no contentos con lograr que casi todos los impuestos sean indirectos para no tener que dar parte de sus ganancias para contribuir a que funcione la sociedad, de la que, sin embargo, ellos son los más beneficiados; no satisfechos con poner ellos las reglas de juego, están intentando ahora por todos los medios que todo lo que circule en la sociedad lo haga bajo la forma de mercancía: vendiéndose y comprándose. Todo, aun lo más sagrado; es decir, no solo lo útil sino lo valioso, que es lo que por su naturaleza no tiene precio y se degrada al mercantilizarse, como el amor, la relación con Dios, la compañía, la convivialidad, o los elementos, como el aire, la tierra, las semillas y el agua.

Uno de los ámbitos donde con más patetismo se ve la impiedad de esta mercantilización es en el ámbito de la salud. Como somos animales vulnerables, la salud es un bien valiosísimo y precario. Eso lo sabe muy bien el pueblo, que, ante todo y sobre todo, pide a Dios el don de la salud. Pues bien, el objetivo de los amos de este mundo es que desaparezca la medicina pública, que no es solo la estatal sino la que se ejerce por vocación y como servicio público, y que la salud se reduzca a una mercancía como cualquier otra. Es decir, que se conciba como un bien transable, del que

Hoy, aunque haya elecciones en todos los países del mundo, no existe democracia porque los gobernantes no se sienten mandatarios de la mayoría sino que, de un modo u otro, sirven a los dueños de este mundo.

los dueños tratan de sacar el máximo provecho posible. Y eso hacen también las corporaciones farmacéuticas, que venden las medicinas a precio de oro, sin que los Estados intervengan en este latrocinio, que es un modo de asesinato, porque no son accesibles a muchos enfermos.

Eso entraña que curarse cada día cueste más, de tal modo que no esté al alcance de un número creciente de personas, fenómeno en extremo preocupante, que se está empezando a notar, incluso en el primer mundo, que vivía en el estado de bienestar. Como las familias ordinariamente no están dispuestas a dejar morir a sus familiares, y como eso lo saben los dueños de este mundo, la gente acaba pagando lo que no tiene, endeudándose o vendiendo sus posesiones, para pagar la atención médica. Y a los dueños de este mundo no les interesa ese drama humano, cada vez más frecuente y más patético, porque solo tienen ojos y corazón para su negocio. Por eso hoy, a pesar de tantos adelantos, los pobres viven con enfermedades de pobres y se mueren por ellas.

Gracias a Dios hay muchos médicos vocacionales, es decir, que conciben su oficio no solo como un medio de vida sino, sobre todo, como un modo de vida, como un servicio a la sociedad, que los humaniza, y también abundan las instituciones que tienen vocación pública, es decir, de atender a las personas enfermas porque su dignidad humana así lo demanda y ellos se sienten concernidos por ella. Entre esas personas, médicos, enfermeros y muchos otros voluntarios, se encuentran, gracias a Dios, muchas cristianas, que se sienten impulsadas por su cristianismo, y entre esas instituciones se encuentran, gracias a Dios, muchas de la Iglesia, que son el único refugio de los que no pueden pagar clínicas, y por eso se encuentran absolutamente saturadas. Por eso, estas vocaciones y estas instituciones son hoy más decisivas que en épocas anteriores en las que florecía la democracia y con ella la atención a las necesidades básicas de seguridad, educación y salud.

Podemos decir que el signo más fehaciente del estado saludable de la democracia es que se pone coto a la ganancia y que se protege la vida humana, en sus diversas expresiones, consagrándola con derechos, desarrollados y concretados en leyes, llevadas a la práctica

con asiduidad y transparencia. Hoy, aunque haya elecciones en todos los países del mundo, no existe democracia porque los gobernantes no se sienten mandatarios de la mayoría sino que, de un modo u otro, sirven a los dueños de este mundo. Insistimos que un índice fehaciente de que no hay democracia es que la salud pública y, más en concreto, los hospitales que dependen del Estado no funcionan o están tan saturados que cuando dan la cita, no pocas veces ya es demasiado tarde. Lo mismo pasa con la educación pública y la seguridad de los ciudadanos. Así como la falta de trabajo productivo expresa el fracaso de una sociedad. Todo esto, independientemente de cuál sea la ideología proclamada.

JESÚS CURABA Y SUS CURACIONES FUERON MUY SIGNIFICATIVAS

Pues bien, en esta época en la que el paradigma casi omnipresente es la rentabilidad, el paradigma alternativo de Jesús reluce con especial vigor y capacidad de inspiración. Vamos a referirnos al caso de la salud.

En primer lugar hay que recordar que Jesús no fue médico (ejercicio técnico apoyado en la ciencia) ni curandero (técnicas basadas en la experiencia, mejor o peor procesada) ni mago (poseedor o conjurador de poderes ocultos mediante fórmulas secretas); pero curaba, y sus curaciones dieron mucha esperanza al pueblo abatido y fueron vistas como señal de la presencia actuante del Dios de la vida y de la humanidad, y, por tanto, de la salvación.

Las curaciones tienen tanta importancia en los evangelios, en lo que fue recordado de Jesús con su mismo Espíritu, y en los que la Iglesia reconoce la figura auténtica de Jesús, que en el de Marcos ocupan la mitad.

En los evangelios se narran con mayor o menor pormenor, pero, en todo, caso se narran individualizadamente, seis exorcismos y diecisiete curaciones. Pero, además de las narraciones propiamente dichas, se alude con mucha frecuencia a la actividad taumatúrgica de Jesús y, por tanto, los evangelios dan la impresión de que Jesús hizo muchos más milagros que los que se describen. El cuarto evangelio en sus dos conclusiones afirma taxativamente que Jesús hizo muchas otras señales en presencia de sus discípulos que no están escritas

Así pues, los milagros forman parte de esa relación de Jesús con su pueblo, relación fraterna, horizontal, que se expresa, ante todo, como presencia y disponibilidad total y como liberación de sus mentes y sus corazones para que se levanten de la postración y la desesperanza, se movilicen, se encuentren y caminen hacia el mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios.

en este libro (Jn 20,30) y, ya hiperbólicamente, asienta que, si se escribieran, no cabrían los libros en todo el mundo (21, 25). Además las curaciones están atestiguadas en todas las fuentes y en todos los géneros literarios de tal manera que es de los datos más aceptados por los historiadores más críticos.

CURACIONES Y EXORCISMOS

Nos hemos referido a dos tipos de sanaciones: las curaciones y los exorcismos. Se distinguen en que el enfermo tiene el sujeto disminuido, pero sigue siendo dueño de sí, de tal modo que la manera como afronte la enfermedad puede incluso personalizarlo mucho más. En cambio en el poseído, como lo indica su nombre, el sujeto está mediatizado o desplazado por esa fuerza que lo posee, que, si se la personaliza, se entiende como un espíritu o como un demonio. Así que una fuerza o, digámoslo así, un personaje, es el que lleva la voz cantante, orillando a la persona. Es claro que estas fuerzas existen y que por eso existen situaciones históricas inhumanas en las que las personas se sienten tan agredidas que las más débiles humanamente, las menos personalizadas, acaban perdiendo el dominio de sí y obrando reactivamente, y por el otro lado gente que usufructúa el sistema es cierto que llega a entregarse a esas fuerzas absolutizadas, que llegan a sustituir a las personas: en ese caso podemos decir que sirven al demonio del dinero o del poder y por eso causan violencia inaudita a causa de ese demonio al que se han entregado y obra en ellas como un mecanismo de acciones y reacciones sin libertad. Sin embargo, como estos segundos son funcionales al sistema, no se ven como problema, aunque lo son, sino que se glorifican. El problema aparece en las víctimas, que incluso pueden convertirse en victimarios, en el caso de introyectar la violencia sufrida. Es el caso sintomático del endemoniado de Gerasa, que el pobre hombre se creía una legión, cuando en realidad tenía tan poco poder que tenía que vivir entre los sepulcros, lo que no impedía que aterrorizara a otros más desarmados y débiles que él.

¿Cómo sacaba Jesús a estos demonios? No siguiendo el mecanismo de acciones y reacciones sino rompiéndolo. Si cuando el hombre se le viene encima amenazante, Jesús no actúa con terror ni

agresivamente, si con libertad ni ofende ni teme, el personaje no puede seguir el guión, y se da oportunidad para que aflore de nuevo la persona. Por eso el endemoniado acaba sentado, vestido y en su sano juicio. Ahora bien, eso no es ningún truquito: es indispensable una personalidad muy integrada y una respectividad del todo positiva al otro.

QUÉ NO SON Y QUÉ SON LOS MILAGROS

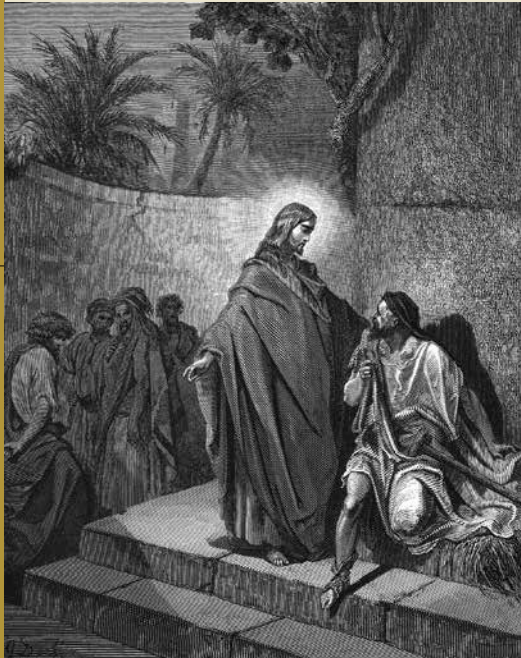
Ahora bien, el problema de base para entender las sanaciones de Jesús, que llamamos milagros, está en considerar qué es un milagro. Para los ilustrados, desde Cicerón hasta nuestros días, incluyendo a muchos especialistas, el milagro es lo que sobrepasa las leyes de la naturaleza. Y por eso decretan que no pueden existir porque la naturaleza obra regularmente, mediante leyes que no admiten excepciones: el ser humano no puede interferir en ellas con su mera voluntad.

Ante esta concepción habría que hacer dos comentarios: el primero es que la ciencia actual no es la newtoniana, es decir, no concibe el universo como un aparato de relojería perfectamente ajustado y que, por eso, una vez constituido, no necesita de la hipótesis Dios para explicar su funcionamiento. Desde la teoría de la relatividad y el principio de indeterminación de Heisenberg, las hipótesis han relativizado muchas pretendidas leyes y el juego de variables se ve mucho más abierto que antaño.

Ahora bien, desde el cristianismo la perspectiva para acercarnos a los milagros es diversa: el milagro es ante todo un signo elocuente de la presencia salvadora de Dios. Es la respuesta inesperada a una situación sin salida, a una llamada angustiada y confiada.

Ahora bien, según se considere a Dios, el modo de la intervención y su sentido variará enormemente. Para los discípulos de Emaús, como para muchos cristianos actuales, Jesús era “un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante el pueblo”. Por eso, como se caracterizaba por el poder, ellos esperaban que iba a liberar a la nación del poder de los romanos. Eso significa que habían entendido su poder como poder para imponerse ante cualquier fuerza, tanto la de la enfermedad, como la de los demonios, como la de los romanos; imponerse por las buenas o por las malas. Por eso se quedaron absolutamente

...el milagro es ante todo un signo elocuente de la presencia salvadora de Dios. Es la respuesta inesperada a una situación sin salida, a una llamada angustiada y confiada.



PAUL GUSTAVE DORÉ

desconcertados al ver que, más bien, los opresores habían acabado con el presunto liberador. No concebían que ni él ni su Padre Dios se caracterizaran por ese tipo de poder, que el poder de ellos era todo el que cabía en el amor infinito, pero solo ese, y en el amor no cabe imponerse a la fuerza ni matar. El amor es creador, sanador, rehabilitador, desalienador y hasta resucitador (todo eso fue precisamente Jesús); pero no puede ni quiere imponerse a la fuerza.

Por eso también el milagro no expresa un poder sobrehumano para imponerse a la enfermedad sino, en el caso de Jesús, el poder de su amor infinito humanado. Por eso para el cristiano el milagro no es, de ningún modo, lo que no puede realizar el ser humano. Por el contrario, es el signo de hasta dónde puede llegar el ser humano lleno de Dios, lleno de amor misericordioso. En el caso de Jesús, no solo paradigma de humanidad, es decir, ejemplar humano especialmente ejemplar, excelentemente humano, sino, sobre todo, arquetipo de ella, es decir, el que es tan humano que su contacto humaniza, el milagro es la señal de que Dios está con nosotros, pero humanamente y por eso es la señal de hasta dónde puede llegar el ser humano, no cualquier ser humano ni de cualquier modo sino el ser humano pleno, el que da la medida del ser humano, el Hijo de Dios y Hermano universal que humaniza con su relación, con su cercanía humana, con su simpatía misericordiosa.

Porque, insistamos, cristianamente hablando, la simpatía misericordiosa es lo que da la medida del ser humano. No, la simple lástima, que se queda, bien en la persona que la tiene, bien en la mera carencia del otro; sino la misericordia que empata con la persona, que la capta como digna y que, como respuesta a su dignidad, trata de ayudarla a remediar su miseria.

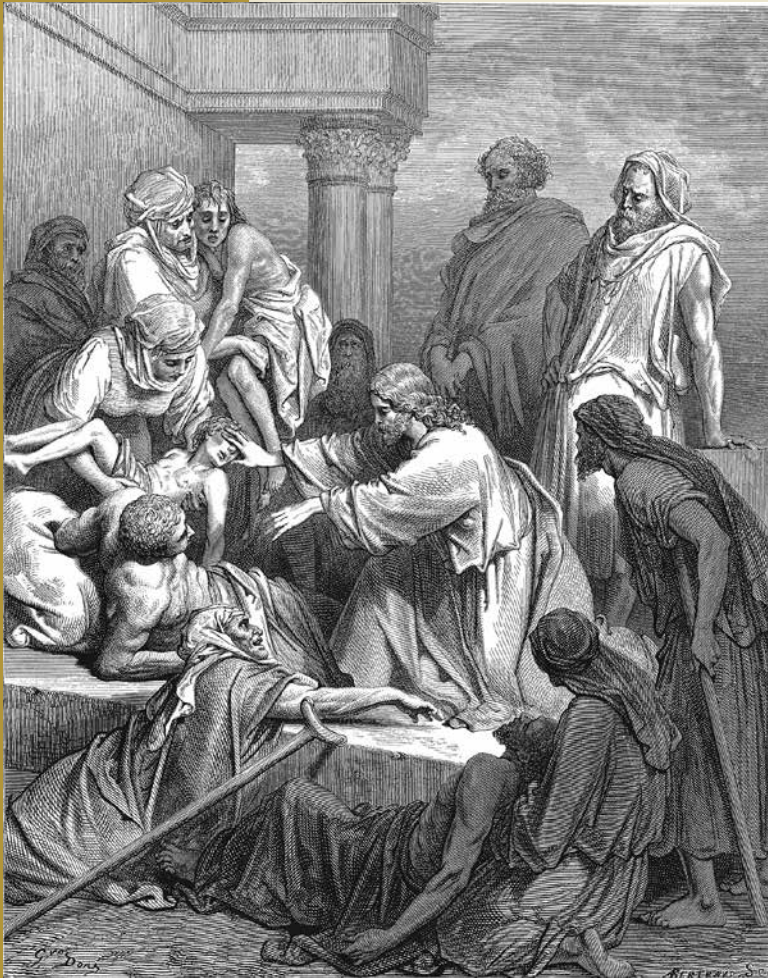
Pero, precisamente por eso, porque los milagros son expresiones de humanidad cabal, conllevan la relación mutua. Y así los milagros los obra ciertamente Jesús, pero para él son fruto de la fe de los enfermos: es la fe, que él suscita, la que los cura. Por eso dice que en Nazaret no pudo hacer milagros porque sus paisanos no tenían fe en él.

Así pues, las curaciones tomaron estructuralmente la forma de relaciones mutuas: Jesús es el suscitador de la fe; pero el enfermo es el que llega a concebirla y vivir de ella. Muchas veces tomaba la iniciativa el enfermo que, habiendo oído hablar de Jesús, concibe esa fe en él y va donde él y le pide o, su fe llega a una finura tan extrema, que, como en el caso del leproso, no le pide nada sino que, asegurándole que él sabe que tiene la capacidad de curarlo, le dice que obre según le dicte su corazón: “Si quieres, puedes sanarme”.

LOS MILAGROS, EXPRESIÓN DE LA LLEGADA DEL REINADO DE DIOS

Así pues, los milagros forman parte de esa relación de Jesús con su pueblo, relación fraterna, horizontal, que se expresa, ante todo, como presencia y disponibilidad total y como liberación de sus mentes y sus corazones para que se levanten de la postración y la desesperanza, se movilicen, se encuentren y caminen hacia el mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios.

Aceptar la fraternidad de Jesús y saberse, por tanto, hijos de Dios en su Hijo único y eterno y, por tanto, hermanos de los demás, de todos, sin excluir a nadie, y dedicarse a sembrar esa fraternidad, tanto positivamente, anudando lazos inexistentes, como restaurando relaciones deterioradas o rotas, es el contenido concreto de aceptar el reino de Dios, que en Jesús viene como reinado, como la relación fraterna de Jesús y en ella la paterna de Dios, como matriz trascendente, pero humanada, de todas las relaciones humanizadoras.



PAUL GUSTAVE DORÉ

...los profesionales de la salud, para que se beneficien ellos también de su profesión, para que se sanen y rehabiliten integralmente, tienen que vivir la profesión vocacionalmente, como servicio personal y por ende personalizado y personalizador.

Sin embargo, muchos, empezando por sus discípulos, esperaban que viniera como un golpe de fuerza que alterara duraderamente el orden de cosas, imponiendo el orden, la soberanía, la ley, de Dios por un uso justo e imbatible de la fuerza. Jesús rechazó esa interpretación y aseguró que el reino venía como una semilla que se entierra y germina muy lentamente desde dentro o como la sal o la levadura que se introduce en la comida o en la masa hasta que se vuelve gustosa o hasta que todo germina.

Los milagros eran el resultado de la aceptación de esa relación de Jesús que restaura la vida como señal de la restauración de la relación con Dios y con los hermanos.

¿Qué dice esta actividad de Jesús, tanto a los médicos y enfermeras como a los pacientes? Que los profesionales de la salud, para que se beneficien ellos también de su profesión, para que se sanen y rehabiliten integralmente, tienen que vivir la profesión vocacionalmente, como servicio personal y por ende per-

sonalizado y personalizador. Y tienen que ejercerlo, no con meros cuerpos y menos aún, meros órganos, sino con personas enfermas, con las que entablan relaciones horizontales y mutuas. De manera que los enfermos sean también sujetos de su sanación. Más aún, tienen que tener conciencia de que son servidores del Dios de la vida y tiene que ejercer su profesión como un ejercicio sagrado en el que están llamados a coincidir con el Espíritu, Señor y dador de vida. Para que sea así, tienen que estar poseídos por el deseo de hacer todo lo humanamente posible para curar al enfermo; pero sabiendo que, tanto el enfermo como él, están en manos de Dios, de tal manera que, si se logra la curación puedan decir, como san Martín de Porres: “Yo te curo, pero Dios te sana”. Y si no, pongan al enfermo en manos de Dios, que tiene la última palabra y resucita a los muertos.

Los pacientes están llamados a ponerse en manos de Dios, de manera que vivan la enfermedad como una ocasión privilegiada para avanzar en humanidad, poniéndose en sus manos y, como una consecuencia de esa confianza serena, en las de sus seres queridos y en las de los médicos. Como los médicos, también tienen que hacer todo lo posible por sanarse, pero tienen que vivir el proceso, no de un modo ansioso sino abierto, sabiendo que la última palabra no la tienen ni la enfermedad ni la muerte sino Papa Dios el que resucita a los muertos para seguir relacionándose con ellos, como el Padre más amoroso con sus hijos. Todo esto implica vivir la enfermedad con fe, con una fe creciente, tanto en que Dios puede sanarlo, como en que lo quiere incondicionalmente y quiere lo mejor para él.

*Miembro del Consejo de Redacción de SIC.